

la ruina del Pontificado y del Imperio. Los güelfos y los gibelinos la representan exactamente en cada nación, en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, en cada campo, como una peste moral extendida por Europa, cuyos estragos ha grabado de relieve en nuestras memorias con su buril enrojado en fuego infernal, la mano titánica del Dante. ¿De dónde provenían los güelfos y los gibelinos? ¿Cuál de los demonios, y en cuál de las brujas, los había engendrado? El Papa Gregorio X decía á los magistrados de Florencia: «Los que dicen güelfo y gibelino ¡ah! no saben lo que dicen.» Ferrari trascribe en su admirable Historia de *Las Revoluciones de Italia* los diversos orígenes dados por las poesías y las crónicas á estos dos partidos. ¡Parece imposible que la imaginación invente tanto y que crea tanto la credulidad! El cronista Stella interroga con furor á los tiempos pasados para que le digan el día nefasto en que cayeron sobre Italia estas dos terribles plagas. ¿Quién le responderá á ciencia cierta? El gran Mateo Villani se contentará con puros juegos de palabra; el biógrafo de Rienzi dirá muy gravemente que dos perros llamados el uno güelfo y gibelino el otro, ladrándose y mordiéndose en las calles de Florencia, dieron nombre á los dos partidos; Malaspina contará que, no dos perros, dos hadas, aparecidas en siniestra noche de sábado, á una de las misas infernales rezadas por los genios del mal á las doce en punto, sembraron en la tierra los gérmenes de esos furiosos que asaltan y embriagan y dementan y enfurecen á los pueblos; Azario sostiene, que no dos hadas, sino dos demonios, deben reputarse por autores del mal, los demonios, que se apoderaron de dos espadas caídas de las manos del Papa y del Emperador y las esgrimieron á una en sendas porfias con cólera infernal; Juan Villani ve dos gemelos, especie de dioses como aquellos de las teogonías mazdeístas, los cuales soplan de sus inflamados carrillos la ira inextinguible sobre los enardecidos corazones; los más de los cronistas aseguran que estos dos hermanos, en lucha entre sí desde el vientre de su madre, sometieron sus porfias al Papa y al Emperador, y que éste dió la razón á Gibelino y aquél á Güelfo, por lo cual desatáronse en el cielo y en el suelo todas estas furiosas y tenaces guerras, que con pretextos y motivos diversos estallaron á una misma hora en en Ferrara por la Machesella y en Florencia por el Boundelmonte, hasta encender toda Italia, pegar el fuego devastador á toda Europa. Lo cierto es que los güelfos del duque de Baviera y los gibelinos mismos de Federico II, bien sigan al Emperador los unos y al Papa los otros, no tienen relaciones tan estrechas, como á primera vista aparece, con los güelfos y los gibelinos de Italia. Un furor inextinguible asalta á éstos; el odio contra los que no llevan su nombre, les posee como si fuera el alma de su alma; no de ciudad á ciudad, no de barrio á barrio, no de casa á casa, dentro de las mismas familias se establece una guerra exterminadora y semejante á las catástrofes planetarias. A veces un solo ciudadano ha sido de los dos bandos al par como el primer poeta de la Edad Media que sintió así en su cerebro todas las creencias y en su corazón todas las pasiones de aquellos tempestuosos tiempos. Las ideas

se oponen con oposición implacable en las conciencias, las sectas en las escuelas, los partidos en las ciudades, como si todo lo humano se resolviera en odio y todo odio engendrara por do quier guerras universales y perpetuas, que inspiran las proscripciones de por vida, los combates á muerte, los sacudimientos sociales, la terrible aparición de guerreros crueles en los castillos y de bandidos en los campos, la tala de las propiedades, la quema de las casas, la anarquía con todos sus horrores, la separación de los matrimonios movida por enemistades irreconciliables, el odio de los hijos á los padres y aun de los padres á los hijos, las ligas exterminadoras, las poblaciones nómadas despedidas de sus hogares y hechas tribus ambulantes por la crueldad de los vencedores implacables, el desconocimiento de los Papas lanzados de una ciudad á otra ciudad y errantes, el desacato á los Emperadores que nadie conoce ni obedece, la secularización de las ideas religiosas por los unos que les quitan su carácter sagrado y las cuajan en principios políticos, la disminución de las ideas imperiales por los otros, que hacen del sacro César romano un jefe de partido, en dos palabras, una revolución, una grande revolución así en el alma como en la tierra de los pueblos. El golpe á las dos instituciones fundamentales de la Edad Media las hiere casi á un tiempo, como si la una fuera realmente el alma y la otra realmente el cuerpo de aquella sociedad. El siglo décimo-tercio aparece cual un siglo decisivo en la Historia. Y después de muerto Federico II, el Imperio decae; y después de muerto Inocencio III, decae el Pontificado. La decadencia de la institución civil, del Imperio, trae consigo una grande, una transcendental, una irreparable desorganización política, y la decadencia de la institución religiosa, del Pontificado, trae consigo una grande, una profunda, una inevitable crisis moral. ¡Cuán rápidamente caminan estas instituciones fundamentales á su desorganización! Se hacen con lentitud secular y se deshacen con celeridad revolucionaria. Su forma externa, su organismo material, su cuerpo, todo lo accidental en ellas quedará por mucho tiempo en la sociedad, como queda un fósil incrustado en la tierra. Pero su alma se habrá disipado en los aires y su vida se habrá perdido en las mil incidencias históricas, donde se descomponen y se desorganizan las entidades sociales, faltas por completo de voluntad y de pensamiento. Pues todas estas revoluciones medioevales son premisas necesarias é indeclinables de la revolución francesa corolario tremendo, el cual en vano pretenderéis penetrar si olvidáis sus generadores antecedentes.

La Monarquía pontificia se acaba en la persona de Bonifacio VIII abofeteado por los laicos, depuesto del trono con violencia, y muerto de rabia. Mas no ha muerto con Bonifacio VIII un Papa, no; ha muerto realmente una institución. La fábula aquella, reproducida sin duda de la célebre helénica que se conoce con el nombre de Etracles y Polinice, la fábula de la muerte de los dos hermanos, Güelfo y Gibelino, se cumple exactamente, porque el partido güelfo queda anonadado con el papa Bonifacio y el partido contrario anonadado á su vez con el Principe Coradino. El Imperio no tiene partidarios que le favo-

rezcan; y en vano escribe Dante su libro maravilloso acerca de esta institución para recomendarla calurosamente á Italia y rehacerla en el ánimo y en el espíritu de los pueblos. Y si no hay ni gibilinismo ni Imperio, tampoco hay güelfos y pontificales. Aquellas ciudades de la inmortal liga lombarda, levantadas á los conjuros de Alejandro III en guisa de legión tebana, para luchar con áureas armas en épicos combates y traer al seno de la Edad Media italiana las inspiraciones del cielo con las artes y los productos de la tierra, sí, aquellas ciudades tan ilustres que bastaban por sí solas á embellecer una región y á inmortalizar una historia, no se mueven, cual si hubieran quedado petrificadas en el mármóreo panteón de sus recuerdos. Si Benito XI, sucesor de Bonifacio VIII, tuviera estas ciudades á las espaldas, luchara por la libertad del Pontificado, y no se viera constreñido á abrogar los decretos de su antecesor, á rehacer la fortuna de los Colonnas, á transigir con los reyes de Francia. Este Pontífice nuevo declara y sostiene un principio en Roma cuando está sujeto á la impresión de los partidos franceses, el principio de abrogar las leyes de su antecesor, y luego, al salir de Roma, al recorrer las pocas ciudades fieles que aun le quedaban, al recluirse en Perugia de cuya fidelidad está cierto, al verse libre vuelve á restablecer los mismos decretos abrogados, y vuelve á excomulgar á los mismos restablecidos en su honor, en sus riquezas y en sus dignidades. Presente hasta el postrer minuto en la tragedia, de Anagni, compañero del papa Bonifacio en sus últimas angustias, herido por aquel terrible desacato, defendiera su autoridad á todo trance, de no vedárselo el vacío en que se encontraba. Y asimismo, en cuanto quiso desplegar alguna fuerza y tener alguna autoridad, murió súbitamente, murió de profunda pena, en tal misterio que los pueblos le creyeron envenenado con un plato de higos. No era posible la resistencia cuasi individual de Benito XI, cuando le faltaban fuerzas que le ayudasen á resistir y á vencer. La destrucción del Imperio, que equilibraba su autoridad con la autoridad del Pontificado, trajo el predominio moral de Francia; y el predominio moral de Francia trajo á su vez el cautiverio material de Aviñón. Nada tan doloroso como el espectáculo de esta época; los reyes circuyendo y amenazando la autoridad eclesiástica; el sacro colegio dividido en cardenales franceses y cardenales italianos; la campiña y la ciudad de Roma desgarradas por tres facciones feudales igualmente implacables, por los Orsinos, por los Colonnas y por los Gaetanis; cada contendiente alistando extrañas legiones para sostener y exacerbar la guerra universal que llovía sangre por todas partes y que representaba los últimos estertores del feudalismo militar y teocrático y las primeras sombras del ocaso á que iba acercándose á más andar la Edad Media para ceder lugar necesario al espíritu amplísimo de los modernos tiempos. En estas críticas condiciones reunióse el cónclave que debía nombrar al sucesor de Benito XI, designación verdaderamente peligrosa y difícil. Así, tras mucho tiempo vinieron á bien extraño acuerdo, á que los cardenales italianos propusiesen tres nombres para el solio pontificio pertenecientes á naciones de allen-

de los Alpes; y de estos tres nombres debían elegir uno los cardenales franceses. Muévase la historia por bien extraños movimientos. Poco antes de que el imperio romano sucumbiese á la irrupción de los bárbaros, nótase en las antiguas provincias un movimiento universal á formar y constituir Estados aparte, cual si presintieran los pueblos de la misma suerte que algunas aves agoreras, la formación y el estallido de las grandes tempestades. Y antes de que la revolución religiosa se formule, antes de que la protesta surja, antes de que la reforma venga, divídense los cardenales en bandos diversos pertenecientes á diversas nacionalidades, como para mostrar que la ley de variedad iba prontamente á sobreponerse á la ley de unidad representada por el Pontificado y por el Imperio. A este movimiento natural de los hechos, unióse, como siempre alguna rara coincidencia histórica, que los empujó y los desenvolvió en el sentido de su propio impulso. Pusieron los italianos tres nombres contrarios al rey Felipe el Hermoso y amigos del Papa Bonifacio VIII; los tres franceses. En grande apuro se encontró el cardenalato de Francia, viéndose constreñido á elegir un adversario de su propio rey. Lo único que pudieron hacer, ante tal aprieto, fué dar tiempo al tiempo y prevenir al rey que habían elegido de los tres cardenales el más débil y el menos constante, á fin de que pudiese llamarlo á sí y someterlo ó con dádivas ó con amenazas. No perdió tiempo en verdad Felipe el Hermoso, que llevaba con grande arte y maña su guerra contra el Pontificado. Era el Papa elegido un francés, arzobispo de Burdeos, llamado Beltrán de Got, y originario de tierra de Gascuña. Hombre de cortos alcances y de largas ambiciones, impaciente de ejercer un cargo tan alto como el de Pontífice, á pesar de que así como no tasaba su grande responsabilidad, no conocía su gloria y su grandeza. Felipe se apresuró á citar al nuevo Papa á viejo convento de apartado bosque. En el instante aquel ignoraba aún el cardenal su increíble fortuna, y Felipe le anunció que él podía procurársela con tal que acudiera graciosamente á seis condiciones, de antemano propuestas. El arzobispo accedió á todo. Y en cuanto hubo accedido, el rey le mostró las cartas que le anunciaban su elección. Oírlo y volverse como loco, obra fué de un minuto. Ya levantaba los brazos al cielo, ya caía de rodillas en tierra, ya se tornaba á los santos de su monasterio para darles gracias por aquel milagro, ya se abrazaba al cuerpo del rey y hasta le lamía las plantas como un perro. El rey propuso las condiciones siguientes: primera, reconciliación del Papa con Francia; segunda, levantamiento de todas las excomuniones; tercera, cesión de los diezmos del reino á la Monarquía para la guerra; cuarta, anatema sobre la memoria de Bonifacio; quinta, reintegración de los Colonnas en todos sus bienes; y se calló la sexta, infiriéndole la injuria de imponerle por fuerza la aceptación de esta última, sin dársela á conocer de ninguna suerte. Beltrán pasó por todo, lo aceptó todo, convino en todo, con tal que le nombraran Papa. Juró sobre la hostia consagrada; y como si no bastase este juramento entre un Pontífice y un monarca, entregó como en fianza, por rehenes, á su propio her-

mano y á dos de sus sobrinos. No podía darse más imperio en el monarca, más humildad en el Pontífice, ni mayor rebajamiento en todos. Y he ahí explicados los precedentes del cautiverio de Aviñón.

Este cautiverio designa una época tan verdaderamente transcendental á toda la historia humana, como la misma época revolucionaria que vamos historiando. Y la designa, porque data del cautiverio una determinación tan importante de la política universal, como aquella en que las Monarquías feudales y teocráticas tienden á Monarquías absolutas, y, para ser Monarquías absolutas, tienden á someter por un lado la nobleza y á someter por otro lado la Iglesia. Todas las fases de lo que ha querido llamarse Monarquía cristiana, desde los comienzos del siglo V hasta los comienzos del siglo XIV, todas han desaparecido, borradas á una por grandes y terribles huracanes. La misma descomposición precedente al suplicio de Luis XVI, la misma descomposición se observa en el término de las Monarquías germánicas, en el término de la Monarquía carlovingia, en el término de la Monarquía pontificia, en el término de las grandes cruzadas católicas, que representan un importante período social, en el término de las Monarquías feudales, reemplazadas por las Monarquías maquiavélicas y absolutas, que había el cielo apercibido á fundar y establecer la unidad completa de los Estados modernos, unidad cuyo planteamiento dará de sí las nacionalidades en cuanto haya estallado y se haya difundido la revolución francesa. Naturalmente, por el período de las Monarquías germánicas, lucharon los restos del derecho romano con los gérmenes de las costumbres y legislaciones bárbaras; por el período de la Monarquía carlovingia, lucharon los principios de la unidad imperial romana con las tendencias al fraccionamiento que llevaban ya dentro de sí aquellos feudales tiempos; en el período de la Monarquía pontificia predominó, proclamado por los canonistas, el derecho divino sobre todos los derechos, pues si el Papa reconocía las autoridades civiles y laicas, reconocíalas como pudiera un sol reconocer los planetas y sus satélites; en el período de la Monarquía feudal, predominó sobre toda la sociedad, avasalló toda la sociedad el elemento sinistro y terrible que se llama guerra, pues Europa semejava un torneo inmenso, donde recogían la palma del derecho los más victoriosos por más fuertes; en el período de las Monarquías maquiavélicas, predecesoras de las Monarquías absolutas, el derecho divino pasó de los Papas á los Reyes, porque descendieron los conventos y prosperaron las universidades, donde los jurisconsultos copiaban la vieja Roma y convertían los Reyes modernos, en diminutos, más omnipotentes Césares. Y no fué ningún Marat; no fué ningún Robespierre quien determinó la ruina de los diversos metamorfoseos presentados por la Monarquía y por la Iglesia en el espacio larguísimo de diez creadores siglos. Elementos interiores, como ya hemos visto arriba, destruyeron la Monarquía carlovingia, cual habían destruido irrupciones, como las normandas y como las árabes, el organismo de las Monarquías germánicas. El pacto sobre la Iglesia y la realeza no se rompió por mano de ningún

revolucionario; se rompió por manos eclesiásticas é imperiales. Fué Alejandro III, Pontífice máximo, quien malhirió el imperio con las ligas lombardas; fué Felipe el *Hermoso*, Rey tradicional de Francia, quien quebrantó antes de Lutero y Calvino la fuerza de los Pontífices; fué un Federico II de Suavia, quien atrajo el rayo de la excomunión pontificia sobre las últimas cruzadas; un católico fué mandado por el Rey cristianísimo, quien abofeteó en la mejilla, sin escrúpulo al Papa Bonifacio VIII; y príncipes y magnates y gentiles hombres se convirtieron, de Reyes que habían sido durante los tiempos feudales, en criados de los Reyes al tiempo de las monarquías absolutas; demostrando todo esto que las viejas instituciones monárquicas y pontificias llegaban heridas de muerte al Renacimiento y á la Reforma, y tendrían poco tiempo de vida, tras la Reforma y tras el Renacimiento. No hay sino ver á Pedro el *Cruel* en Castilla, y á Pedro el *Cruel* en Portugal, y á Pedro el del *Puñalet* en Cataluña, y á Luis XI de Francia, y á Enrique VII de Inglaterra y á Maximiliano I de Austria, para convencerse de que los Reyes fueron en su día tan revolucionarios contra la nobleza y contra la Iglesia, como pudieran ser más tarde revolucionarias la Reforma, la sublevación de Inglaterra, la sublevación de Francia y las demás sublevaciones que han determinado la rota y la caída de los antiguos Reyes absolutos. Y lo mismo que pasa en la revolución de los ingleses contra los Estuardos, y lo mismo que pasa en la revolución de los franceses contra los Borbones, pasa en la revolución de los Reyes contra los nobles: conjuras interminables, sacudimientos profundos, guerras inextinguibles, matanzas y carnicerías enormes, el terror empleado como arma universal, la piedad suprimida, el homicidio santificado como un medio de salud, válidos todos los errores y todos los crímenes que se han querido imputar, como singularísima excepción, á las revoluciones de los pueblos contra los Reyes. No, no, no se distingue por su crueldad la revolución francesa; se confunde y se identifica, de suyo, con todas aquellas revoluciones que prepararon las vías providenciales á su cabo y á su triunfo. Una revolución se parece á otra revolución, como un huracán se parece á otro huracán, como un terremoto á otro terremoto, como una tempestad á otra tempestad, como se parecen las terribles plagas que azotan la tierra, y que pueban á la humanidad, pero sin dejar de producir, aun siendo plagas, algún germen fecundo, el cual prospera, lo mismo que combate y aflige. Todas las revoluciones, en término postrero, son idénticas á la revolución de Francia.

Como el espacio se compone por una serie de puntos y el tiempo se compone por una serie de instantes y el ideal se compone por una serie de ideas, las edades mediante entre los cismas de Occidente bajo el cautiverio de Aviñón y los estallidos de las revoluciones políticas y religiosas, se componen por una cadena de hechos sin solución alguna de continuidad. La supresión de los templarios suprime los ejércitos feudales del Papa y cierra las cruzadas religiosas de Occidente; los concilios Euménicos de Basilea y de Constanza, proceden á una con los pontífices, como procedieron los Congresos de la re-